





EL INFINITO  
Y OTROS HORIZONTES



Jordi Montreal

EL INFINITO  
Y OTROS HORIZONTES



Primera edición: enero 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jordi Montreal

© Ilustración de cubierta: Álvaro Hernández

ISBN: 978-84-10082-58-8

ISBN digital: 978-84-10082-59-5

Depósito legal: M-1316-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Para aquellas personas que me alumbran cuando todo parece ensombrecerse*





*«El universo entero no es más que un gigantesco nudo del que no se puede escapar».*  
ADAM, *Dark*

*«El espacio parece extenderse sin límites hasta que llegas al final y aparece un mono lanzándote barriles».*  
FRY, *Futurama*



## Índice

Prólogo. El pobre y la peste .....	13
Un retiro espiritual.....	17
Cereales.....	37
La selección.....	47
El adversario de Gerald.....	69
Unos eternos minutos a la intemperie .....	77
#Caesar.....	83
Primera parte. El zoológico.....	83
Segunda parte. El faisán.....	97
Un capricho del destino .....	127
El síndrome del huevo corto.....	145
El plato estrella.....	187
Un altercado nocturno .....	249
La Liga de los Héroe Excepcionales .....	265
Un retiro espiritual, vol. 2.....	295
El infinito .....	313



## Prólogo. El pobre y la peste

Érase un pobre desgraciado que emprendía un nuevo viaje a lomos de un burro deslucido por el tiempo. La hambruna y la podredumbre de los bajos fondos habían hecho mella en su cuerpo y los hurtos, las peleas y los ajustes de cuentas lo habían cubierto de trapos harapientos. Se alejaba de la ciudad capital a sabiendas de que no abandonaba allí nada valioso, solo promesas vacías, oportunidades malogradas, la superioridad de los nacidos de alta cuna y una condena marcada a fuego en su alma, el apodo de rata callejera. Suplicar el favor de un campesino, deslomarse de sol a sol a cambio de un plato de comida, se le antojaba como una alternativa posible e incluso viable.

Atravesaba las áridas llanuras cuando el burro disminuyó notablemente el ritmo. El hombre se temía lo peor, que aquel viejo animal no estuviera preparado para afrontar tal travesía. Lo había robado la noche anterior, se había adentrado con sigilo en un establo junto a una posada y creía que pertenecía a algún mercader reputado. Sin embargo, pudiendo hacerse con otras tres cabalgaduras, la oscuridad le jugó una mala pasada y se llevó casi con total seguridad la peor opción. Se equivocaba, lo cierto era que el burro no estaba exhausto todavía, sino que había percibido un aura maligna.

El viento arreciaba y la humedad los empezaba a asfixiar. Entonces, tras retirarse el sudor de la frente con el brazo, se percató de la aparición de una presencia ante sí. El burro frenó en seco y él perdió el equilibrio, dándose de bruces contra el suelo. Cuando

abrió los ojos y alzó la cabeza, soltó un alarido, asustado. A pocos centímetros de su rostro, una calavera lo examinaba mediante unas cuencas vacías por donde se adivinaba la profundidad y la eternidad.

—Eres la mismísima encarnación de la muerte —se limitó a decir el pobre.

—No anda desencaminado, vulgar hombrecillo —prorrumpió con voz femenina—. Soy la Peste, en realidad.

El hombre se arrastró por el suelo un par de metros y luego se levantó. La Peste, cubierta de una capa negra y una capucha, se mantuvo quieta, inoperante. Sostenía una enorme guadaña que duplicaba su tamaño solo con una de sus manos huesudas y flotaba como si la fuerza de la gravedad no le importara.

—No vienes a por mí —certificó el pobre con alivio y dibujó una sonrisa.

La Peste negó.

—No ha llegado su momento aún —respondió y añadió—: Me dirijo a la ciudad, donde condenaré a cinco mil personas a la más infinita de las enfermedades, al sufrimiento eterno.

El pobre se subió al burro, se despidió con un gesto y prosiguió su camino.

—Pues te deseo toda la suerte del mundo. No cejes en tu empeño, porque no hay más que alimañas en ese nido infecto. Si me permites una recomendación, cébate con los nobles que abundan. Pasean impolutos pensando que tienen derecho sobre los demás y se divierten a costa de nuestras necesidades con muy mala sombra. Si no fuera por su guarnición, hasta yo mismo les habría rebanado el cuello.

Un par de días después, la suerte tampoco sonrió a nuestro hombre. Todavía no había llegado a los campos y, a pesar de descansar por la noche en el raso, el burro flaqueó, vencido, rendido, y murió bajo una nube de moscas que revoloteaban.

—Parece que tendré que seguir a pie —dijo oyendo como su estómago le imploraba alimento.

Fue en ese preciso instante cuando regresó la Peste.

—Siempre tan inoportuna —comentó el pobre—. Dime que por lo menos te has cepillado a cinco mil de esos señoritos privilegiados.

—Cincuenta mil vidas sesgadas, al final. *In crescendo*.

Al pobre casi se le salieron los ojos de las órbitas. ¿Cincuenta mil? Aquello era una barbaridad, prácticamente la ciudad entera, sin pudor de ninguna clase.

—Me mentiste —la acusó.

—Dije la verdad. Mi intención eran cinco mil y cinco mil fueron los que yo enfermé —recalcó la Peste.

—Por supuesto. Ahora me dirás que de forma colateral fue el miedo de los demás ciudadanos lo que los mató —dijo el hombre con sarcasmo.

—No, pobre inmundo. Fue el odio hacia el otro, el mismo odio que tú profesas, lo que desató el caos y la barbarie.

La Peste señaló al otro sentido del camino y desapareció. El hombre se dio la vuelta y descubrió una enorme diligencia, escoltada por valerosos guerreros, que iba en su dirección. Cuando esta se encontró a menos de veinte metros, el caballero que la encabezaba dio una orden y la detuvo. Sus miradas se entrecruzaron durante unos segundos. El pobre los conocía, aquel vehículo pertenecía a la realeza, provenían de la ciudad, habían decidido evacuar al rey debido a la ola de contagios.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó el monarca.

Se asomó por una de las ventanas. Aun con las prisas, lucía la corona. Su mirada se dirigió primero al pobre, de indumentaria raída, y luego al cadáver del burro.

—Madre del amor, hermoso. ¿Veis a este maldito diablo? Otro contagiado. Esto se está expandiendo —e hizo un gesto simulando una arcada.

—No parece un muerto viviente, mi rey —le dijo el caballero.

—Pero lo es, no me cabe la menor duda. La pura imagen de la inmundicia. Matadlo y apresurémonos.

Al pobre no le tembló el pulso y lanzó un escupitajo desafiante que acabó colisionando contra el casco metálico del mismo caballero, que, asqueado, acató la exigencia del rey y lo asesinó. Hundió una lanza en el pecho del pobre y la sangre brotó a borbotones, salpicando las malas hierbas y las escasas florecillas del camino. Entonces, y solo entonces, entendió lo que la Peste le había querido decir. El odio era un mal consejero.



# Un retiro espiritual

## 1

Antes de que Donnie y el resto de los muchachos aparecieran, el legendario cantante y guitarrista Paul Strode estaba disfrutando de un paradisíaco retiro espiritual en el Jurásico. Durante catorce días, había permanecido solo consigo mismo y su autocaravana por aquella tierra virgen y exótica a partes iguales. Disfrutaba de la belleza histórica de una naturaleza salvaje que a lo largo de varios siglos solo había constituido un sueño inalcanzable, un sueño retratado en las mayores obras de ficción de la humanidad.

Diferentes acontecimientos traumáticos en su vida personal acentuados y explotados hasta el extremo por terceros, como no podía ser de otra forma, debido a su condición de estrella y celebridad internacional, lo habían sumido en una crisis existencial. Además, la crítica especializada había vapuleado un último álbum que tampoco había funcionado en las ventas. Lo tacharon de intrascendente y aborrecible precisamente en un intento de desmarcarse del *pop rock* y apostar por melodías experimentales plagadas de sintetizadores.

—Sé que, al margen de la música, nos une una gran amistad, Paul, pero he de serte sincero. Las cosas no andan bien en la discográfica, creen que estás acabado y no están seguros de si quieren seguir trabajando contigo —le comunicó su representante sin tapujos.

Con aquella noticia, Paul tocó fondo. Era el puntapié, el empujón que le faltaba, aunque para entonces ya había tomado una decisión.

—No estoy acabado, Sean. Todavía tengo mucho que ofrecer. Quizá solo estoy saturado por este ajetreado ritmo de vida, eso es todo. Son veinte años los que llevo encima de los escenarios. Necesito hacer un *break*, tomarme un respiro, unas vacaciones en algún lugar en el que no me conozca nadie, en el que no haya móviles sonando a todas horas ni cámaras al acecho en cada esquina. Encontrar de nuevo mi voz interior.

—Me parece una buena idea, Paul —certificó Sean—. Conseguí un par de *castings* para unos papeles secundarios en dos *blockbusters* de acción, pero ¿sabes qué?

—Ya te dije que el cine no es lo mío —lo interrumpió Paul.

—Lo cancelaré —prosiguió Sean—. Tú tranquilo, ahora lo que necesitamos es salir ahí y reventarlo, Paul, pero para eso debes tener las pilas bien cargadas. No te preocupes de nada, yo me ocuparé de los preparativos para el viaje.

Y así hizo. Sean, sin poner ninguna objeción, tiró adelante su idea.

## 2

Los viajes temporales estaban muy de moda en su tiempo, más, incluso, que viajar a la luna. No obstante, no todo el mundo podía permitírselos, solo aquellos con un poder adquisitivo superior a la media eran capaces de hacerse cargo del elevado coste de la puesta en marcha de aquella tecnología tan especial. A Paul, el alquiler de una autocaravana con un buscarrutas interdimensional le costó un ojo de la cara, pero no le importó lo más mínimo, pues disponía,

por un lado, de ahorros de sobra y, por otro, no deseaba continuar ni un minuto más en aquella realidad. Necesitaba evadirse.

Ya con todo el equipaje necesario, sin ningún dispositivo que lo pudiera poner en contacto con el exterior, Paul Strode se subió a una autocaravana mucho más espaciosa de lo que hubiera imaginado. La inteligencia artificial que ejercía de piloto automático del vehículo ya tenía programado el destino, así que solo se sentó junto a una ventana y contempló el desarrollo de los acontecimientos.

Ya había viajado al pasado en un par de ocasiones, pero aquella iba a ser diferente. Se había movido dos y cuatro décadas atrás respectivamente, lo hizo, tal y como dictaban las leyes de circulación espaciotemporal establecidas, como mero observador, evitando que una acción desafortunada cambiara el transcurso de la historia. Ese nuevo salto conllevaría un recorrido de millones y millones de años y consumiría medio depósito de combustible, reservándose el otro para la vuelta. Paul temía sufrir alguna especie de *jet lag* que lo dejara fuera de combate unos días. Sin embargo, para su sorpresa, eso no fue así.

La autocaravana aceleró, sorteó un par de coches por la carretera y, cuando alcanzó la máxima velocidad permitida por la autopista, se sumergió por ese peculiar túnel en el que el exterior desaparecía, siendo sustituido por millones y millones de luces multicolores que iba dejando atrás. A continuación, hubo cinco segundos de oscuridad y luego todo se esclareció y cobró sentido. La autocaravana realizó un par de movimientos bruscos para no colisionar con ningún obstáculo y disminuyó hasta detenerse. Paul resopló, se desabrochó un cinturón de seguridad que le había apretado más que nunca y emitió un grito de júbilo, como hubiera prorrumpido en una montaña rusa.

En seguida sintió el calor y la humedad de la jungla, con sus árboles gigantescos y los zumbidos de los mayores insectos que hubiera visto. Divisó por encima de las copas dos pterodáctilos que le dieron la bienvenida con sendos gritos y los observó boquiabierto. Había llegado, estaba en el Jurásico, no cabía ninguna duda. Es-

tacionaron en un claro junto a un lago, en el que descubrió otros dinosaurios, en concreto a un imponente estegosaurio bebiendo agua y, a veinte metros, una familia de tres braquiosaurios. Paul recordó los animatrónicos de aquel clásico de Spielberg que le encantaba tanto a su abuelo y se rio por lo poco que se asemejaban a los de verdad.

No tardó en activar el campo de fuerza de la autocaravana, lo último que quisiera era que un diplodocus despistado lo pisase. Abrió la puerta y salió afuera, no sin antes encender un dron que le proporcionaría un escudo personal idéntico al del vehículo. Paul llenó sus pulmones con ese aire tan puro y paseó hasta una roca enorme, acariciando la hierba alta con la yema de los dedos. Se sentó solo con su guitarra y tocó sus primeros acordes, un dulce escalofrío recorrió su cuerpo y una sonrisa se dibujó en su rostro, todavía no lo quería creer. No había nadie que le recriminara cualquier error, los comentarios despectivos en las redes sociales eran una utopía, se sentía libre para hacer y componer lo que quisiera sin temor a despistarse por aparecer en la portada de las revistas con un titular acusándole de sandeces, el eterno sentimiento de culpabilidad por llevar una vida decreciente que no creía merecerse se esfumó la mayor parte del tiempo, allí no tardó ni tres días en alcanzar la paz consigo mismo.

—¿Y si probamos algo de *folke*? —le dijo a su guitarra, apelando a la nostalgia—. Tal vez funcione, en plan *revival*. Eso se lleva mucho ahora.

Para su desgracia, en ese instante, Paul no sospechó que esa tranquilidad sería efímera y que la nostalgia no solo haría referencia a los éxitos musicales del siglo pasado, sino a su propio mundo y en términos generales. Su retiro daría una vuelta de tuerca por culpa de Donnie.

### 3

En el decimoquinto día, Paul tarareaba una melodía que se le había ocurrido mientras asaba unas verduras en una barbacoa portátil delante de la autocaravana. Se había acostumbrado a la intrusión de los raptores e incluso había admirado su persistencia. Pese a su incapacidad para atravesar las defensas invisibles, otorgadas por la tecnología de su presente, no consiguieron inquietarlo. De hecho, nada conseguía hacerlo, la inteligencia artificial del vehículo le notificaba con cierta anterioridad si aparecía cualquier indicio de peligro. Ese aspecto cambió cuando trató de darle la vuelta a uno de los pimientos dispuestos en la parrilla y advirtió que el suelo empezaba a temblar ligeramente. Algo sucedía y el androide que a su vez le hacía de piloto solo descartaba que se tratase de un seísmo.

Entonces, lo sorprendió un joven que pasó a toda prisa a unos diez metros por delante de su posición y se detuvo detrás del tronco de un árbol caído. Paul, desconcertado, se fijó que el chico portaba a cuestas una enorme cámara y grababa hacia la dirección de donde procedía. Aquel temblor no hacía más que intensificarse.

—¿Qué cojones está pasando? —pronunció en voz alta, sin poder creer que su retiro estaba siendo interrumpido.

Cuatro jóvenes, todos equipados con mochilas relativamente grandes, surgieron de la densidad de la jungla y corrieron al tronco donde se escondía su amigo. Gritaban y vociferaban, pero no los entendió. Uno de ellos lo vio y le señaló con el dedo, Paul se giró para mirar y, en el escueto período que engloba un solo segundo, se puso los brazos delante de su cara a modo de protección y cerró los ojos por instinto, aun así, ese había sido un acto de reflejo inútil. Un ser dantesco perseguía a esa gente y, aunque no había percibido la presencia de nuestro protagonista, su cola oscilante lo golpeó y Paul solo cayó ligeramente impulsado a un lado, sin ningún rasguño importante. Si no hubiese sido por el campo de fuerza, el impacto sufrido lo habría aplastado.

Cuando abrió los ojos, se quedó de piedra, pasmado ante lo que tenía ante sí; más tarde se percataría de su barbacoa volcada y sus verduras en el suelo. El famoso, el amenazador, el archiconocido Tiranosaurio Rex daba zancadas hacia los muchachos, gritando, feroz, deseoso de tenerlos en sus fauces. A lo largo de esas dos semanas, Paul no había tenido tanto miedo, a pesar de que entraba en sus planes que una bestia como aquella pudiese hacer una aparición.

Para el aumento de su desconcierto y para el júbilo de esa cámara de cineasta profesional clásico que estaba grabando todo, dos de los recién llegados sacaron unos pequeños pero potentes altavoces que iniciaron la reproducción de la canción *Shoot the thrill* de AC/DC al máximo volumen.

—Tienes nombre de perro policía, ¿lo sabías? —se burló una voz amplificada desde el cielo.

El Tiranosaurio se paró y se dio la vuelta, miró a Paul y este tragó saliva. Su fe en la resistencia del campo de fuerza disminuía a medida que transcurrían esos segundos eternos. Solo quería decirle algo así como «Por dios, que no he sido yo, no he dicho nada», pero no emitió ni un hilo de voz.

Un sexto joven, vestido únicamente con un bañador con flores estampadas, volaba hacia el dinosaurio, volaba literalmente como Superman, con los puños alzados, si Superman tuviera una cabellera que ondease al viento, por supuesto. Paul vio como esos puños y también los pies estaban recubiertos por una especie de esferas de energía de tono azulado. El Tiranosaurio intentó cazarlo de un mordisco, pero el chico lo esquivó dando una pirueta en el aire y le propinó una descomunal patada en la cabeza que logró derribar a la criatura. El dinosaurio, aún más furioso por aquella humillación, se recompuso y trató de abalanzarse de nuevo sobre los amigos de aquella suerte de superhéroe, pero este lo evitó mediante una fuerte segada sobre sus dos patas, una entrada sucia propia de futbolista carnicero que lo devolvió al suelo. Acto seguido, el chico aterrizó junto a sus compañeros, que lo felicitaron, e hizo un par

de reverencias a la cámara . «¿Qué clase de broma era aquella?», se preguntó Paul, y oyó un rugido, el Tiranosaurio no había dicho su última palabra.

—Así que vienes a por más. Vamos, acabemos con esto —empezó el chico y se dirigió hacia su pandilla—: Venga, tíos, como en los ensayos. Se está acabando la canción y tiene que quedar de puta madre. Un *Kamehameha*.

El combatiente volador juntó las manos a un lado, como si estuviera describiendo la popular técnica de Goku en *Dragon Ball*. Puso cara de concentración e hizo el consiguiente movimiento para lanzar un rayo de energía que no surgió de sus manos. En su lugar, los otros dos compañeros de detrás del tronco sacaron dos bazucas y dispararon contra el Tiranosaurio. Aquellas explosiones terminaron de dejar inconsciente al dinosaurio.

—¡*Yippee Ki Yay*, hijo de puta! —chilló el chico, como en su momento hizo Bruce Willis en *La jungla de cristal*, y se rio—: Siempre quise decir eso.

Y fue a chocar los cinco con sus compañeros.

—Donnie, ¿y si te grabo partiéndole el cuello? —propuso el cámara al que sería un héroe en el vídeo—. Sería brutal.

Donnie aceptó y ambos se pusieron a ello. Uno de los dos que usaron un bazuca ofreció una mano a Paul y le ayudó a levantarse.

—Menudo susto te debemos haber pegado —comentó el joven con cierta camaradería, y luego se refirió a las verduras, recalcando lo evidente—: Te hemos arruinado la comida.

—La verdad es que sí —admitió Paul de mala gana.

—Veo que hablas mi idioma. ¿Eres de Cydonia? —Paul asintió—. Qué coincidencia, mira que hay años en la historia de este planeta y nos encontramos aquí.

—Y que lo digas —continuó el guitarrista, que se había abonado a las frases cortas y tajantes.

—¿De qué año vienes, esto...? —inquirió el tipo.

—Paul —se presentó.

—Jake. Ellos son Francis, Darell y Wallace. Nuestro técnico audiovisual es Milton y el «patada voladora», Donnie —dijo Jake señalando a los demás; alguno de ellos saludó con la mano.

—Soy de 2078 —respondió Paul a la pregunta de antes.

Jake abrió los ojos como platos.

—¿Del 2078? ¡Madre mía, tío! Nosotros de 2108. Cuando tú viajaste, nosotros no habíamos ni nacido todavía. ¡Qué fuerte! — Jake se giró hacia Donnie, que ya había quebrado el cuello del Tiranosaurio con una extraordinaria fuerza proporcionada por las fundas esféricas energéticas de sus manos—. ¡Donnie, ven! Tienes que conocer a este tío, es de 2078.

Donnie chasqueó los dedos y las fundas se apagaron. Uno de sus acompañantes le lanzó una toalla y se dirigió hacia donde estaba la conversación. «2108», eso eran treinta años después, calculó Paul. Ahora comprendía de alguna manera la posibilidad de que existiera una tecnología de combate como aquella.

—¿Puedo preguntaros qué hacéis aquí? —dijo Paul, ahora más curioso.

—Pues estamos de viaje —dijo otro de los componentes del grupo, Darell, que había recogido un altavoz—. Como tú.

—Ya —se limitó a decir Paul—. Disculpad la pregunta. Es que nunca había visto viajeros del tiempo tan jóvenes.

—Estamos de despedida de soltero. Donnie se casa y pensamos que estaría guapo hacer el cabra por el Jurásico. Al fin y al cabo, un meteorito extinguió a los dinosaurios, nuestros actos aquí no tendrían consecuencias notables, así que... ¡festival! —dada la expresión de perplejidad de Paul, Jake añadió—: Ummm... Claro, puede que por tu fecha de procedencia te extrañe todo esto. Verás, en 2092 un virus se cepilló a una parte de la población del mundo, por lo que ahora la gente se casa antes y los viajes espaciotemporales están tirados de precio.

—¡Jake! ¿Qué coño estás haciendo? —intervino Milton, el cámara, que lo había oído a lo lejos—. No deberíamos revelar información como esa a alguien del pasado porque cambiaríamos el



pasado. Una línea temporal nueva a lo tonto nos podría meter en la cárcel.

—Es cierto, la ley está para cumplirse —reafirmó el segundo con bazuca, Francis.

—¿Qué dices, Milton? Eso no lo sabes —le respondió Jake, que no reconocía su error.

Donnie, el célebre casamentero, ya había perdido el interés en el cadáver del Tiranosaurio y se aproximó a aquella zona del claro donde Jake mantenía una conversación con aquel extraño.

—¡Un momento! ¡Callaos todos un momento! —ordenó Donnie ya ante un Paul más serio; los demás acataron—. ¡Tócate los huevos! A este tío lo conozco.

—¿Me conoces? —repitió Paul.

—Eres el jodido Paul Strode —sentenció Donnie.

El cámara se llevó una mano a la frente, decepcionado. Todos excepto Francis estaban ignorando su advertencia.

—¿Quién es Paul Strode? —intervino Wallace.

A Donnie le brillaban los ojos, deseaba que le hicieran aquella pregunta.

—Paul Strode. La estrella del *rock*. El de *Beauties in the dark*, el de *Rythm of passion*. Mi padre se hartaba de escucharlo.

Solo a Darell le sonaban dichas canciones.

—¡Hostia! Ya lo tengo, ¿no es ese que se tiró a las vías del tren? —exclamó.

Entonces los demás cayeron en la cuenta.

—Darell, me cago en tu madre. No te das cuenta de que no se tirará a las vías del tren si sabe que morirá de esa manera —dijo Milton.

—Eso tampoco lo sabes, Milton —expuso Jake—. ¿Y si el hecho de saberlo ya estaba contemplado para que se diese ese destino? ¿Y sí que se lo dijéramos ya tenía que pasar, sin más?

—Chicos, estoy delante —dijo el guitarrista.

—¡Tíos! —les cortó Donnie—, ¿qué pollas estáis haciendo? Es mi puta despedida de soltero, dejaos de palabrería. Tenemos aquí a

Paul Strode, un máquina como pocos ha habido, un *rockero* clásico —señaló a Paul—. Ya le hemos molestado suficiente, invitémosle a un trago.

Donnie rebuscó en la gran mochila de Francis y sacó un *pack* de latas de cerveza. Retiró la anilla de plástico de una y se la lanzó a Paul, que la atrapó al vuelo e hizo el esfuerzo de bebérsela. Se sentía apabullado por aquella desafortunada coincidencia. Había sucedido una enorme cantidad de imprevistos en tiempo récord, cada cual más surrealista que el anterior, y, además, para colmo, le había asaltado un alud de información que no le permitiría descansar. Si no mentían y de verdad provenían del 2108, ¿significaba que moriría antes de cumplir los setenta? ¿Esa terrible escena en las vías del tren era un suicidio? Y, por otro lado, ¿la humanidad sucumbiría ante un nuevo virus? ¿Nadie lo prevería? Lo que Paul tenía claro era que nadie en 2078, ni siquiera Sean, creería sus palabras.

Donnie activó las fundas energéticas de las manos, cogió con firmeza al dinosaurio de la cola y arrastró el cuerpo hacia la jungla. Jake y los demás se despidieron, como si el hecho de haber perturbado su retiro solo fuera casual, aislado, como si careciera de significado. Paul recordó lo último que había dicho Donnie, que ya habían molestado suficiente, pero una superstición le sugería todo lo contrario.

#### 4

Aquella corazonada fue como un dicho y hecho. Paul tiró de ambos extremos de la almohada y se tapó los oídos. Había tardado en dormirse, pues había tenido que lidiar con el retorno de los peores pensamientos, la voz de Sean diciéndole que estaba acabado, pero cuando al fin lo consiguió, le despertó y despejó el sonido de

la música electrónica. Si su sentido de la orientación no le fallaba, todo indicaba que el origen se situaba en el interior de la jungla. No hacía falta ser un lumbreras para sacar la conclusión de que era cosa de Donnie y sus chicos, que debían estar montándose una buena juerga. Paul supuso que aquella música alertaría a los mayores depredadores, pero luego recordó el destino del Tiranosaurio Rex. Si estando serenos habían obrado de aquella manera, no se imaginaba lo que les depararía la noche.

## 5

Paul preguntó a la inteligencia artificial de la autocaravana por la hora y esta le informó que eran las ocho de la mañana y que, además, solo había dormido en total unas cinco horas y treinta y dos minutos. Para su sorpresa, la música continuaba sonando. Ni él en sus mejores tiempos se había mostrado tan irreductible o, por lo menos, eso pensaba.

—¿De qué está hecha esta gente? —dijo en voz alta.

Aquella mañana, Paul decidió dejar la guitarra en el vehículo y salir a pasear. Ladeó toda la orilla del lago, esforzándose para repasar mentalmente la letra de una nueva canción que había compuesto días antes. La empezó a cantar a capela, pero no terminó la segunda estrofa y ya había sufrido la primera interrupción. Se oyó un estallido en el cielo. Al parecer, dedujo, Donnie y los suyos estaban encendiendo fuegos artificiales, lo cual le resultaba estúpido. ¿Fuegos artificiales de día? Habían disfrutado de toda una noche para encenderlos y así apreciar los colores y las formas en el cielo, pero lo hacían de día, cuando eso era imposible. Paul pidió al dron que le proporcionaba el escudo que silenciara el exterior. No estaba convencido de si esa opción estaba disponible, pero resultó que

sí. Más adelante se daría cuenta de que había sido un craso error.

Cuando acabó de rodear el claro, se adentró en la jungla. No se cruzó con un solo dinosaurio en todo el camino, lo que sí descubrió fue un sendero de latas de cerveza aplastadas en el suelo y restos de basura sobre algunas plantas. A Paul le llegó un hedor a orina que le generó suma repulsión. ¿Acaso se habían puesto en fila para orinar en el mismo árbol? El cambio climático y la destrucción de las reservas naturales habían aquejado a la humanidad en su mundo. Si Donnie y los suyos habían viajado de un futuro todavía más diezmado, Paul no se explicaba aquel comportamiento tan desconsiderado, deleznable, asqueroso. Estaba de acuerdo con el argumento de que sus actos no acarrearían consecuencias notables sobre el rigor histórico, pero ¿se podía ser tan poco íntegro?

Media hora a pie después, Paul dio con el campamento de Donnie. Estaba compuesto por un furgón del tamaño de un autobús y seis tiendas de campaña alrededor de los restos de una hoguera. Paul los observó desde detrás de unos setos, manteniendo las distancias. A juzgar por los estruendos en el cielo, el silenciador se había desactivado. Allí estaban cuatro: Donnie, Wallace, Darell y Milton. Jake y Francis debían ser los que encendían los fuegos artificiales y, dada su ausencia, lo hacían a una distancia prudencial del campamento.

Milton, como en el lago, con la cámara en mano, retratando todo el espectáculo. Tal vez fuera el único que no había bebido. El muchacho que se llamaba Darell se ocupaba de las canciones detrás de una tabla de mezclas. Vestía solo con una camiseta blanca de tirantes y unos calzones y reproducía *Odd Look* de Kavinsky con The Weeknd, solo que una versión de un artista de su realidad que había usurpado los derechos para hacerla suya. Unos metros a su derecha, por descarte, Wallace, de complexión más fofa, dormía boca arriba completamente desnudo. Paul se fijó en múltiples dibujos con rotulador de penes en su barriga. El rostro de aquel chico se ocultaba tras una careta de caballo. Finalmente, Donnie, como en la escena rodada el día anterior, se desvivía por dar más la

nota que el resto. Vestía con un disfraz de pollo, pero no terminaba ahí la cosa. Sostenía un barreño repleto de carne: filetes, costillas, salchichas... Carne en todas sus presentaciones, carne cruda, sin cocinar. Frente a sí, tres velociraptores lo contemplaban con gula como aquellos perros que anhelaban cualquier sobra de la cena.

Donnie les mostró una albóndiga y se la lanzó dibujando una parábola. Los tres raptores lucharon entre sí y él rio como una hiena. El tercero que quedó rezagado fuera de la pugna cambió su objetivo por el barreño y se dirigió hacia Donnie, pero este actuó rápido, hizo aparecer una funda energética azul en su mano libre y lo detuvo sujetándolo del cuello. La mandíbula se abría y cerraba a pocos centímetros de su cara, tan cerca que el aliento de la bestia empañaba sus gafas de sol. Donnie dejó caer con sutileza el barreño, de manera que no se volcase, buscó con la mano contraria en un bolsillo de su disfraz de pollo y extrajo una especie de pistola que Paul no había visto en su vida.

—Señor Velociraptor, le presento a un amigo la mar de simpático, lo llamamos «el Cascanueces» —dijo Donnie mirando de reojo a la cámara—. Tiene el derecho a permanecer en silencio.

Y disparó. Donnie disparó el arma y le voló literalmente la cabeza, manchando su disfraz de sangre y sesos esparcidos. Paul no pudo evitar sobresaltarse ante aquello. Los otros dos velociraptores permanecieron quietos, dubitativos, sin atreverse a realizar el mismo intento que su compañero. Aquello excitaba a Donnie, que guardó el Cascanueces y lanzó una chuleta cerca de Wallace.

—¡A por el gordo cabrón! —chilló, y los velociraptores le hicieron caso.

Los depredadores fueron a por la chuleta y el segundo, sin premio, trató de atacar a Wallace, que apenas reaccionó de ninguna forma, pero se dio y rebotó contra un campo de fuerza similar al de Paul y Darell se partió de la risa.

Un mosquito se posó sobre la piel descubierta de la nuca de Paul y este lo aplastó por instinto de un manotazo, un manotazo que aún muy por debajo del volumen de la música llegó a los oídos

de los velociraptores, que se irguieron y torcieron el cuerpo en su dirección.

—No me jodas —susurró Paul.

Un escalofrío recorrió todo su cuerpo y el pulso se aceleró. Ningún mosquito lo había picado durante todo ese tiempo porque ninguno había atravesado el campo de fuerza. Se estremeció, la inteligencia artificial no respondía, el dron no estaba por ninguna parte. El silencio y el rastro de mierda de Donnie y compañía le habían robado toda la atención y no se había percatado de un detalle importante: la configuración del dron determinaba una distancia máxima de este con el núcleo principal, situado en la autocaravana. Paul desconocía de cuánto se trataba, pero lo había sobrepasado.

—¡Paul Strode, el único e inigualable! —exclamó Donnie, e hizo un gesto para que Darell detuviera la música—. Es un honor volver a tenerte entre nosotros. Por favor, dime que has traído la guitarra. No te achiques, ven y cántanos algo, hombre. ¿Qué tal *Godless believer*? —se giró hacia Milton—. ¿La cantaba ya en 2078?

—2079, Don —respondió el cámara, de nuevo preocupado porque aquello pudiera significar una nueva violación de la normativa.

—Lástima.

Tras la cháchara, Paul no lo dudó y corrió deshaciendo el camino andado, seguido por los velociraptores. Se encontraba en grave peligro y sin protección, si no recortaba la distancia óptima para el restablecimiento del escudo, moriría devorado entre terrible sufrimiento. Donnie, Milton y Darell se mantuvieron en silencio hasta que él desapareció de su vista en la lejanía.

—¿Por qué huye? —preguntó Donnie a los dos—. ¿No existían los sistemas de protección avanzados en su época?

—Si no existieran, no tendría sentido que viajara a una edad como esta —razonó Darell.

—Yo diría que sí, pero dejadme que lo busque en mi base de datos —Milton lo comprobó y dijo—: Pues sí, sí que existían. De hecho, son anteriores al viaje temporal.

—Entonces ¿por qué huye? —cuestionó Donnie—. ¿No le pasará por encima un tren?

—A lo mejor ahora no —dijo Darell.

—Da igual. ¿Sabéis qué? Este cantante de mierda me ha cortado el rollo. ¿Qué podemos hacer ahora?

—¿Jugamos a algo? —propuso Darell.

—Buena idea, Darell. ¿Cómo se llama ese juego? Ese que se ha vuelto tan viral ahora en nuestro mundo —dijo Donnie—. Que no es virtual, que se usa tablero y dados. Jugamos en casa de Jake. Joder, lo tengo en la punta de la lengua.

—Parchís —contestó Milton, que había dejado de grabar.

—¡Parchís! —repitió Donnie—. Juguemos al parchís, pero tíos, sin fullerías. A matar no.

## 6

Dicen que, cuando estás a punto de morir, la vida pasa ante tus ojos como un conjunto de diapositivas. Paul no tenía tiempo de fijarse en nada que no fueran los metros que tenía por delante. Nunca quince años como fumador le habían pasado tanta factura como entonces. Corría con pocas reservas, le faltaba el aliento y creía que el corazón se le iba a salir por la boca. Los velociraptores lo iban a atrapar antes de lo previsto, pero justo cuando uno iba a realizar el primer mordisco, Paul no advirtió un desnivel en el terreno, pisó mal y cayó al suelo, esquivándolo.

Trató de ponerse en pie, pero un dolor en el tobillo derecho le hizo vacilar. Se lo había torcido y eso, en el peor, que también era la mayoría de los casos, era sinónimo de muerte. Estaba atrapado. Los velociraptores se arrojaron sobre él, pero hizo su aparición estelar el dron, protegiéndolo con el escudo invisible. Paul no sabía a

quién darle las gracias, si a sus piernas o a alguna deidad. Un nuevo estruendo en el cielo, otro cohete, llamó la atención de los velociraptores. Paul se figuró que lo asociarían al Cascanueces, porque se retiraron acobardados y él respiró aliviado.

Otra media hora a pie después, volvía a estar en el claro, al fin, pero no por ello exento de peligro. Regresaba a la autocaravana. Tenía toda la intención de adelantar el regreso a su presente, aunque eso conllevara afrontar la realidad sin demasiado material nuevo para la discográfica. Una pareja de triceratops bebía agua del lago. Los dinosaurios se exaltaron tras el enésimo cohete y corrieron, atemorizados, en estampida.

—No puede ser.

Eligieron el mismo camino por el que iba Paul, que pese a la fatiga reanudó la carrera. Tenía suerte de volver a contar con el campo de fuerza, una cornada de un triceratops lo mataría al instante, ensartado. Cuando las dos criaturas lo atraparon y una lo quiso apartar del camino mediante, efectivamente, una cornada, el dron lo protegió. Sin embargo, la energía cinética lo propulsó unos diez metros dentro del lago y, al sumergirse en el agua, la inteligencia artificial le notificó que el dron no funcionaba adecuadamente en esas condiciones, lo cual quería decir de todo menos nada bueno. Paul se apresuró a salir del agua dando brazadas. Sabía que si se cumplía la ley de Murphy, había un dinosaurio acuático ávido de sangre al acecho y no quería correr ningún riesgo.

No lo corrió.

## 7

Paul entró en la autocaravana exhausto. Ahora aquel era el único lugar seguro en todo el Jurásico, no podía fiarse del dron. La



inteligencia artificial accedió a devolverle a su tiempo, pero antes de ponerse en marcha, Paul detuvo el proceso. Algo en su fuero interno le decía que no podía largarse de ese modo. Había afrontado aquel retiro con entusiasmo, como una oportunidad para cambiar la dinámica de su vida, él y su guitarra, al fin solos el uno con la otra. Aquella panda de incompetentes desalmados había arruinado en día y medio toda la experiencia. Donnie, el futuro marido de una mujer desgraciada o bien tan loca como él, capaz de partir el cuello a un Tiranosaurio Rex y reventar la cabeza a un velociraptor solo para pasar el rato. ¿Aquello era el futuro de la humanidad? Paul quiso que fueran una excepción, pero una excepción que se había jactado de conocer los detalles de su muerte, una excepción que había provocado que esta pudiera adelantarse, una excepción, a fin de cuentas, que debía llevarse su merecido.

Paul desconocía qué dispositivo interdimensional o qué sistema operativo utilizaban en el 2108, pero lo averiguaría. Esos muchachos no sabían hasta qué punto era avisado. Indicó unas nuevas coordenadas a la autocaravana, que condujo hasta el campamento de Donnie. Allí, Milton, Darell, Jake y el propio Donnie estaban sentados sobre la hierba jugando todavía al parchís. Wallace permanecía dormido desnudo y Francis se quemó con uno de los cohetes y se estaba curando en el furgón. Paul se acercó con la ayuda de una muleta facilitada por una impresora 3D incluida en la autocaravana. Los saludó y ellos parecieron confusos al verle, pero desactivaron sus escudos y le invitaron a jugar.

—¡Paul Strode! —dijo Donnie mientras movía una ficha verde—. Qué alegría tenerte de nuevo por aquí, en especial después del lío con los velociraptores. ¿Por qué corrías? ¿Qué pretendías demostrar?

—Me quedé sin protección, eso es todo.

Los muchachos se movieron para hacerle un hueco y Paul se agachó, pero no para sentarse. Haciendo uso de un gesto sutil, ágil y también afortunado, se arriesgó e introdujo la mano en el bolsillo del disfraz de pollo de donde recordaba que Donnie había sacado

el Cascanueces. El chico era metódico y allí mismo encontró el arma. La cogió y los apuntó. Acto seguido, alzaron las manos y pusieron cara de alarmados, todos excepto Donnie.

—¿Qué coño te pasa? ¿Estás de broma? —empezó, pero la mirada de Paul ya le concedió la respuesta—. Vale, no estás de broma. Te diré una cosa, estás perdiendo el tiempo. Tiene seguro y no sabes quitarlo. Devuélvemela.

—Te estás marcando un farol —dijo Paul y apuntó a Jake—. ¿Dónde está el núcleo de vuestro dispositivo espaciotemporal?

—¿De qué hablas, Strode? —siguió Donnie—. Los núcleos de los dispositivos espaciotemporales son más viejos que tú.

Paul apretó el gatillo a un lado y el arma disparó un fogonazo a pocos metros de Jake. Wallace se despertó, pero se mantuvo todo el tiempo luchando para quitarse la máscara de caballo.

—Junto a la guantera, con una luz roja —confesó Jake acobardado—. No quiero morir, soy padre primerizo.

—¿Estás loco? —dijo Donnie—. ¿Qué quieres hacer, Strode? No lo entiendo, ¿por qué quieres jodernos? Nosotros te damos cerveza, te invitamos a jugar al parchís.

—Me dais asco —sentenció.

Paul se dirigió hacia el furgón y luego al interior, lo hizo de espaldas, sin dejar de apuntarles. Se topó con Francis, con la mano vendada, que vio el Cascanueces y forcejeó con su mano libre para arrebatárselo, pero la pistola se disparó y el joven murió con el pecho abierto. Aquello lo paralizó durante unos segundos, el asesinato no estaba en su plan, lo único que quería era estropear el dispositivo. El grito de Donnie lo sacó del trance.

—¡Se acabó, hijo de puta! —Milton no puso ninguna objeción relacionada con la normativa.

Paul localizó más rápido de lo que había creído el núcleo. Para su asombro, en treinta años no habían evolucionado demasiado y se asemejaba al de la autocaravana. De hecho, estaba ubicado en el mismo sitio. Disparó contra el aparato dos veces y la luz roja se apagó. ¿Sería suficiente? Él esperaba que lo fuera. La puerta trasera

de aquel maravilloso furgón, cuyo interior estaba amueblado como un hotel, se abrió y apareció Donnie, disfraz de pollo ensangrentado incluido. El chico activó las fundas energéticas de manos y pies y Paul lo recordó volando y exhibiendo la superfuerza. Vio el cadáver de Francis y las lágrimas surcaron su rostro. Entonces, a Paul, le quedó claro que, si no se movía, ese chico iba a matarle. De nada serviría el Cascanueces si Donnie usaba un escudo. De hecho, ni siquiera sabía cuántas balas quedaban en la recámara.

La autocaravana fue hasta allí y la inteligencia artificial tocó el claxon. Paul le había dado indicaciones para escapar en cuanto hubiera jodido el dispositivo espaciotemporal y el vehículo lo había obedecido a la perfección.

—Se acabó, hijo de puta —volvió a repetir Donnie.

Paul salió por la puerta delantera y anduvo como pudo hasta saltar en el interior de la autocaravana. Donnie lo persiguió y cuando abandonó el furgón, puso en funcionamiento el modo vuelo y concentró toda la energía restante en uno de los puños. Atraparía a esa sanguijuela y destruiría el vehículo de un puñetazo. No obstante, cuando ya lo tenía, la autocaravana se teletransportó y el puño impactó contra el suelo, generando un cráter de grandes dimensiones.

—Podríais haber activado el escudo cuando os apuntaba con el Cascanueces —intervino Wallace—. Erais cuatro y Donnie ya valía por los cuatro, no tenía nada que hacer.

—Llegas un poco tarde, Einstein —le contestó Jake.

Luego descubrieron el cadáver de Francis y el dispositivo destrozado y se desató el pánico. Donnie regresó tan serio como en su circuncisión y todos, cabizbajos, reconocieron que tenían un serio problema. Estaban atrapados en el Jurásico, aquello bien podría servir de título de película de terror de serie B de la época de sus tatarabuelos.

Millones y millones de años más tarde, Sean había enviado un mensaje de texto a Paul deseándole un buen viaje. Cinco minutos después, le envió otro preguntándole qué tal le había ido. Así funcionaban los viajes temporales, te ibas y volvías, casi en un chasquido, como un truco de magia. El tiempo que pasases en el pasado es el tiempo que corre a nivel individual en el sujeto. Paul había vivido quince días más que no habían transcurrido en su realidad. Sean obtuvo una respuesta que no se demoró demasiado y alzó la vista. La autocaravana dobló una esquina y aparcó frente a la casa de Paul. Cuando se fijó en la muleta, fue a echarle una mano.

—¿Qué te ha pasado, Paul? ¿Estás bien? ¿Te llevo a Urgencias?

Paul estaba ligeramente confuso, todo lo que había sucedido era extraño. Había cometido varios crímenes. Donnie y su pandilla no regresarían al 2108; si la ley de circulación espaciotemporal del futuro era tan rígida como prometía, por mucho que investigaran la desaparición, no harían acto de presencia en 2078 para intervenir. Además, si estaban en lo cierto, él moriría antes de que se denunciara la desaparición. A Paul le dolía la cabeza y, por primera vez desde su marcha, quiso volver a lidiar con los problemas de su realidad y no tener que pensar en ese retiro.

—No —y mintió—: Estoy mejor que nunca.